

enérgicas protestas y á terribles cargos con motivo de las infracciones de ley, de los abusos del poder, de los atropellos y desórdenes acaecidos durante el período electoral.

La efervescencia política era grande en el público, pretendiendo algunos que las Córtes no llegáran á constituirse: desconocíase su autoridad, y en la sesión del 23 de Febrero, hiciéronse demostraciones insultantes y estrepitosas dentro del Congreso, mientras la muchedumbre irritada asediaba sus puertas. Los gritos y silbidos de los concurrentes á la tribuna pública ahogaron la voz de los oradores moderados. Con dificultad pudo aquella ser despejada; pero al día siguiente se repitió la misma escena, y fué mayor el tumulto. Los alborotadores se lanzaron furiosos á la calle, donde habia un gentío inmenso en actitud imponente; disparáronse algunos tiros, y las autoridades, desobedecidas y hasta insultadas, no osaban hacer uso de la fuerza contra aquella multitud compacta.

Se acercaba la noche, y crecía la ansiedad de los diputados. — “*La representación nacional está sitiada*, exclamó alguno; *¿y no truena el cañon contra los revoltosos?* „

El Gobierno habia reforzado las guardias del Congreso y apostado un batallon en sus inmediaciones; pero la muchedumbre á nadie respetaba, y solo era contenida por la Milicia nacional, que estableció un cordón al rededor del edificio. El Jefe político fué desarmado; el Capitan general escarnecido.

En aquel conflicto, el ministro Arrazola dió pruebas de un valor indomable: salió á la calle, y arrostrando el furor de las masas irritadas, se mostró decidido á dominarlas por la fuerza; mas como viese la indecision de las autoridades, mandó decir al Capitan general por medio de uno de sus ayudantes, que si no cargaba inmediatamente, le enviara el caballo, que él lo haria. Fué aquella una resolución atrevida, propia de un corazón esforzado; pero solo justificable por la imperiosa necesidad de salvar el decoro del Gobierno á toda costa. Más valiera, sin embargo, no haber dado ocasion á un motin escandaloso, que en circunstancias diferentes de las que lo promovieron, habria merecido una represion severísima. Desgraciadamente, lo que el Gobierno llamaba “desacato punible y directo contra la sagrada institucion de las Córtes, y ataque á la libertad de la representación nacional „¹, no era más que una protesta, brutal si se quiere, inconveniente siempre, pero protesta, al fin, contra el bastardeamiento de aquella misma institucion. ¿Dónde estaba la repre-

¹ Alocucion del Capitan general de Madrid, del 25 de Febrero de 1840.

sentacion nacional? El Congreso representaba unicamente la voluntad del Ministerio, y esta era la causa de tanto desórden.

El Capitan general cargó á los grupos con su escolta, causando algunas desgracias; publicó un bando declarando la capital en estado de sitio, y llamó á Madrid una brigada que habia en Guadalajara, con lo que por entonces quedó restablecido el órden material; pero estos hechos dejaron más enconadas las pasiones políticas.

La situacion en que se hallaba el país exigia seguramente que se diese *fuertza y vigor al Gobierno, para la conservacion del órden y de la pública tranquilidad*; pero tambien las mismas circunstancias exigian que nada de esto se tratase de conseguir por medios violentos, y sembrando desconfianzas acerca de la seguridad de las instituciones liberales. Faltaba esta seguridad, y los actos y los proyectos del Gobierno tendian visiblemente á debilitarla.

Diferentes proyectos de ley fueron presentados á aquellas Córtes, con el objeto de desvirtuar el espíritu democrático de la Constitucion, y con el de anular reformas ya existentes, que merecian la aprobacion general. Tratóse de restablecer el diezmo y la primicia, bajo el pretexto de asegurar la suerte del clero.

“Aun cuando se niegue (el diezmo), decia Mon contestando á un orador progresista, se pagará; pues es un impuesto que tiene hondas raíces, más poderoso que su señoría, más poderoso que el Congreso mismo.”

“Si se vota el diezmo este año, decia Sancho, para otra legislatura, la cuestion electoral será la del diezmo. ¿Y que sucederá? Lo peor que puede suceder; que el mandato será imperativo. Estoy persuadido de que el diezmo no se cobrará, aunque se vote.”

¿Quién de los dos tenia razon? El tiempo lo ha dicho.

Pretendíase reformar la ley electoral y la de imprenta en sentido restrictivo, y organizar el Consejo de Estado, “para que sirviese de luz y guia á la Corona,” segun la expresion del Gobierno; en realidad, para constituir una regencia simulada é irresponsable, que en íntima conexion con los cuerpos colegisladores, influyese en el nombramiento de los ministros.

Pero el asunto más grave y transcendental de que se trató en aquellas Córtes, fué el proyecto de Ley de Ayuntamientos: la ley que regia en esta materia era tachada de excesivamente descentralizadora; la que presentaba el Gobierno era una exageracion en el sentido opuesto, y sobre todo, un atentado manifiesto contra la ley fundamental.

El artículo 70 de la Constitución decía: "Para el gobierno interior de los pueblos habrá ayuntamientos *nombrados por los vecinos*, á quienes la ley concede este derecho." El proyecto establecía: "que los alcaldes y tenientes serian *nombrados por el Rey*, en las capitales de provincia, y *por los jefes políticos*, en los pueblos cabeza de partido." No podia ser más patente la violacion constitucional; y como si esto no bastase para sublevar el espíritu público, el Ministerio pedia autorizacion para plantear el proyecto sin discutirlo.

Todo era posible con unas Córtes en las que la pasion política y el número dominaban á la razon. Sin embargo, la oposicion halló medios de contrarrestar los propósitos del Gobierno. Si no era dable impedir que el proyecto se aprobase, podia evitarse que lo fuese en una sola votacion, y hacer que se prolongasen indefinidamente los debates. A este fin, propuso D. Salustiano de Olózaga una idea sencilla, que fué aceptada: presentar una enmienda á cada uno de los 113 artículos de que constaba el proyecto, en esta forma: "Se concede autorizacion, etc., entendiéndose que tal artículo dirá tal cosa." De este modo, la discusion de la ley era inevitable, y pudiendo tomar parte en ella todos los diputados de la minoría, se llamaba poderosamente la atencion del país hácia un asunto de tanta importancia. D. Pascual Madoz abordó la cuestion con más franqueza, y buscando términos conciliatorios para que no dejara de discutirse la parte esencial de la ley, presentó una proposicion, que aceptó la mayoría, declarando que se abriera discusion sobre los cuatro puntos siguientes: 1.º el censo que marcaba el derecho activo y pasivo; 2.º el nombramiento de los alcaldes; 3.º las atribuciones de los ayuntamientos; 4.º las facultades para suspender ó disolver las corporaciones municipales.

Por unos y otros medios, la oposicion logró su objeto de suscitar extensos y luminosos debates acerca de la famosa ley. No habian aquellos comenzado, cuando, el 8 de Abril, sobrevino una crisis ministerial fuera del Parlamento, como todas las que de mucho tiempo á esta parte se sucedian: la causa de ella fué una cuestion personalísima. Entre las promociones de Leon, Roncali, Zabala y otros á tenientes generales, habia propuesto el Duque de la Victoria las de los brigadieres D. Manuel de la Concha y D. Francisco Linage al empleo de mariscal de Campo, en recompensa de grandes méritos y distinguidos servicios: todas las propuestas fueron aprobadas, menos la última, por parecerles á los ministros que su decoro no les permitia conceder la faja al autor del comunicado del Mas de las Matas; pero negándola, el desaire se hacia directamente al general Espartero, y la Reina no quiso

consentirlo, en lo cual demostró mejor criterio y más elevación de ánimo que sus consejeros. El conflicto no tenía otra solución que la retirada de estos; mas como era peligrosa en aquellas circunstancias la disolución del gabinete, dimitieron sus cargos los ministros Calderón Collantes, Montes de Oca y D. Francisco Narvaez, quedando solos Castro y Arrazola, que reorganizaron el Ministerio con otros hombres de su partido.

El *Correo nacional* y otros periódicos adictos al Gobierno atacaron en esta ocasión á Espartero y á Linage de un modo tan descarado como impolítico, siendo notorio que algunos de aquellos artículos salían redactados de los ministerios. Esto produjo un nuevo manifiesto de Linage, que justamente resentido, al volver por su reputación militar vilipendiada, reveló la imposibilidad de que ni él, ni Espartero, entrasen nunca en las miras de los moderados ¹.

La discusión sobre el proyecto de Ley de ayuntamientos, se prolongó durante el tiempo que tardó Espartero en pacificar las provincias de Aragón y Valencia: el Gobierno ganó todas las votaciones, haciendo triunfar su proyecto en el Congreso y en el Senado; pero realmente sufrió una completa derrota en la opinión pública. Los discursos de la oposición eran leídos con avidez, y Linage mandó reimprimir

¹ Después de justificar su ascenso con su brillante hoja de servicios, decía Linage en aquel notable documento:

«Cuando el hombre es atacado injustamente en lo más sensible; cuando el espíritu de partido no perdona medio para injuriar á los no afiliados en sus banderas, y cuando la calumnia se emplea con desenfreno, preciso es que quien es blanco de ataques terribles se sincere, y justifique que el Duque de la Victoria, *primer objeto*, ó *tal vez único de su traidor encono*, no propuso á su secretario de campaña por la soltura de su pluma, y sí por méritos de guerra.

«Que representa en el ejército y en el país el principio revolucionario, próximo á expirar, en la nación, si un auxilio con que no debería contar no alentara sus esperanzas, etc.» ¿Y quién dice esto? ¿Será esa *pandilla jovellánica*, *positivo principio de revolución contra el sistema establecido*, club verdaderamente trastornador y egoísta, que quiere someter á su pernicioso exclusivismo todos los intereses de la gran familia, todas las afecciones y hasta la libertad de pensar? El ser más morigerado, que difiera, que no sea un ciego instrumento, ó que ofrezca oposición á sus planes, basta para que lo comprendan en el número de los anarquistas. Así han dividido á la España liberal; así han prolongado la guerra; así han encendido las pasiones y abierto la caja de Pandora, extendiendo los males, que será difícil, si no imposible remediar...»

Y más adelante:

«Una opinión particular no es el tipo de un principio: la mía, aunque me hubiese ofuscado hasta el extremo de procurar robustecerla, nunca adolecería de un vicio desorganizador. Quedese esto para esa hez inmundada y despreciable, que sin títulos, sin virtudes, sin convicciones ni interés por la salud de la patria, solo consultan el suyo y se apañan para devorarla. Hay un partido nacional, que quiere la Constitución de 1837, el trono de Isabel II y la regencia de su augusta madre. En este partido yo comprendo á todos los españoles honrados, por más exageradas ó pasivas que sean sus ideas, con tal que no ataquen ni perjudiquen aquellos caros objetos; con tal que justifiquen su liberalismo siendo justos y tolerantes, y con tal que amen la independencia de la nación y trabajen por ella. *Esta es mi política*, y tengo sobrados datos para estar persuadido de que *el Duque de la Victoria no piensa de otro modo*. Pero esa *pandilla*, que no ha podido conseguir enredarle en su trama, y que ve en sus gloriosos hechos un fuerte muro que se opone al directo ataque contra su reputación, quiere socavarla dando á entender con malicioso rebozo que auxilia el principio revolucionario....»

uno de Olózaga, en el Más de las Matas, haciendo una tirada de 40,000 ejemplares, para que circulase en el ejército. Ningun otro asunto habia llamado tanto la atencion de los pueblos desde el principio de la nueva época parlamentaria : casi todas las poblaciones importantes de España representaron á la Reina en términos respetuosos, pero enérgicos, hasta el punto de anunciar algunos ayuntamientos, como el de Valencia, su decision á resistir el planteamiento de la futura ley.

El Gobierno puso coto á las manifestaciones de la opinion prohibiendo las exposiciones ; y habiéndose devuelto al Ayuntamiento de Madrid la que dirigia á la Reina gobernadora, y negádole la audiencia que solicitó para ponerla en sus manos, consideró aquella corporacion menoscabado el decoro de su autoridad, cerradas las vias legales para hacer llegar hasta el trono el clamor de los pueblos, cohibida la libertad y destruido el prestigio del municipio ; al que se incapacitaba para desempeñar dignamente sus funciones ; por lo cual presentó aquel su dimision, que no le fué admitida por la Diputacion provincial.

Los que no tenian medios de elevar sus exposiciones á la Reina, las dirigieron entonces al Duque de la Victoria, felicitándole por sus triunfos, y atacando á los ministros con extraordinaria violencia. La cuestion, tal como la habia planteado el Gobierno, era cuestion de fuerza; y en la prevision de un conflicto inevitable, todas las miradas se volvian hácia el ilustre pacificador de España, que combatiendo por la libertad, no podia dejarla sucumbir en el momento de vencer á sus más tenaces enemigos.

VI.

Mientras los hombres políticos preparaban los elementos para una lucha, en cuyo fondo se agitaban los mismos intereses debatidos con tanto empeño en los campos de batalla, el Duque de la Victoria y los demás generales y jefes que secundaban sus planes, abrian la campaña más penosa quizás de toda aquella prolongada guerra, prosiguiéndola con admirable rapidez, y teniendo que combatir á un tiempo contra enemigos esforzados, contra las dificultades inmensas del terreno y contra las inclemencias del cielo.

El 17 de Febrero marchó el Duque á Muniesa, resuelto á emprender el sitio de

Segura, no obstante lo crudo de la estacion y lo intransitable de los caminos, dictando á la vez las órdenes oportunas para que se concluyesen con toda brevedad las fortificaciones de Alcorisa y Castelserás, y dedicando los mayores esfuerzos á proteger la conduccion de los convoyes y del tren de batir y el parque de ingenieros, que venian de Zaragoza, destinados á aquella operacion. El 23 se presentó Espartero delante de Segura, y á pesar del temporal de lluvia y nieve, hizo establecer cuatro baterías en parages convenientes, intimando desde luego la rendicion á los defensores del castillo. El 25 y 26 se montaron otras baterías de brecha, cuyos certeros fuegos obligaron á los sitiados á entrar en negociaciones por medio de un parlamento. Concedióseles toda la noche para capitular, previniéndoles que, si al amanecer del dia siguiente no se entregaban á discrecion, continuaria el fuego hasta que pereciesen entre las ruinas del castillo. El 27, dia de San Baldomero, al amanecer, manifestaron los sitiados su conformidad con lo propuesto, y á las diez de la mañana ocupó Espartero la fortaleza, colocando por su mano el pendon de Castilla en la torre del homenaje, y disponiendo al mismo tiempo que la artillería hiciese una salva general, para anunciar á las fuerzas acantonadas en las inmediaciones que el castillo de Segura se hallaba en poder de las armas nacionales. La guarnicion carlista, compuesta de 16 oficiales y 281 individuos de tropa fué hecha prisionera, quedando en poder del vencedor seis piezas, ochenta mil cartuchos y gran cantidad de pólvora, balerío y víveres; pero más que estas ventajas materiales valia el efecto moral; pues los carlistas vieron desmentida la inscripcion que habian puesto en las murallas de aquella fortaleza, y que decia: "*Segura siempre será segura, ó de Ramon Cabrera la sepultura.*"

La mucha nieve que cayó en estos dias y los siguientes puso intransitables los caminos, y fué necesario emplear á todos los paisanos de los pueblos inmediatos en limpiarlos y recomponerlos para poder mover la artillería y los convoyes que se hallaban detenidos. Exhausto el país de subsistencias, á consecuencia de las desordenadas exacciones de los carlistas, consideró Espartero que seria imprudente acabar de consumir los escasos recursos de unos pueblos, á quienes se procuraba atraer, presentándoles el contraste de un sistema ordenado y de la severa disciplina del ejército de su mando, con las depredaciones y excesos de sus contrarios: por esta razon procuraba superar todos los obstáculos que se oponian á la marcha de los convoyes, y que las tropas se mantuvieran de los víveres acopiados por contrata en Alcorisa, Andorra y otros puntos.

Los carlistas, desde el Guadalupe, apoyados en Castellote, hacian incursiones en el territorio que estaba á su alcance. Contra aquel fuerte se propuso Espartero dirigir sus operaciones, al mismo tiempo que encomendaba la toma de Aliaga al ejército del Centro mandado por O'Donnell. Solo era posible conducir la artillería á Castellote por la única carretera de Andorra á Ejulve, dando un largo rodeo; por lo cual, hallándose ya el ejército establecido en la línea del rio de Calanda, el 12 de Marzo, determinó Espartero hacer un reconocimiento sobre su frente de operaciones, disponiendo en su consecuencia proseguir el avance en línea recta desde Ejulve por la cima de la cordillera, aunque nunca habian pasado carros por aquellos sitios. Así se ejecutó, empleándose inauditos esfuerzos en recomponer el camino, que las continuas lluvias destrozaban, y teniendo la infantería que arrastrar á brazo las piezas de grueso calibre por espacio de algunas horas. Las tropas sufrieron mucho en aquellos dias por el fuerte viento y frio intenso que arrostraron en las marchas y campamentos.

Vencidas todas las dificultades, y cubiertas las líneas del Guadalupe, las de Camarillas, Alcorisa y Caspe, avanzó el cuartel general con la vanguardia, la tercera division y los parques de artillería é ingenieros por la cumbre de la cordillera, y en la tarde del 22 de Marzo quedaron establecidos los campos delante de Castellote.

Grandes obstáculos presentaba la toma de aquel pueblo y su castillo: fundado este sobre una roca de mucha elevacion y escarpe en todos sentidos, era muy respetable por su posicion; la parte más fuerte parecia ser la occidental, terminada en un torreón de homenaje de obra antigua, sobre el cual ondeaba una bandera negra: en otra altura al Oriente, se hallaba fortificada la ermita de San Cristóbal, y ligada al fuerte principal por una caponera aspillerada: al Mediodía, y á tiro de fusil, presentaba la colina del Calvario el mejor emplazamiento para las baterías de ataque; pero este cerro y la poblacion edificada entre él y la fortaleza estaban dispuestos para la defensa.

El dia 23 al amanecer mandó Espartero avanzar á vanguardia contra el Calvario y el pueblo. Los carlistas recibieron á sus contrarios con un nutrido fuego de fusilería, secundado por las granadas que arrojaba el castillo; pero cediendo al fin, limitaron su defensa al fuerte, al reducto de San Cristóbal y á la caponera, desde donde enfilaban las calles, sin que bastasen á impedirlo los espaldones construidos por una compañía de ingenieros. En el torreón se habia sustituido la bandera española á la negra que antes tremolaba. Llegada la noche, dispuso Espartero el asalto del

reducto de San Cristóbal; pero temiendo sus defensores la suerte que les aguardaba, se adelantaron á incendiarlo, encerrándose en el castillo. Al mismo tiempo, y á favor de la oscuridad, se trasladó al pueblo la artillería de sitio, y se la subió á brazo al Calvario, sufriendo los que efectuaban esta arriesgada operacion el fuego de fusil y de granada.

El 24 comenzó á jugar la artillería gruesa : los sitiados se defendian con obstinacion : la escarpada base del fuerte hacia considerar imposible un asalto á la brecha, no bastando abrir una, sino arruinar totalmente los primeros recintos, á lo que se dedicó la batería del Calvario : dos cañones de á 12 destruian por la parte de Occidente los parapetos de la torre de homenaje, y otras dos baterías y un fuerte cordon de tiradores hostilizaban á los sitiados por distintos puntos. El dia 25 era muy crítica la situacion de los carlistas; pero continuaban luchando con heroica resistencia: tras de los muros destrozados aparecian nuevos, aunque imperfectos, retrinchamientos. El torreón habia perdido su corona de almenas y garitas, mas todavía estaba en pié : los ingenieros comenzaron á abrir debajo de él una mina, arrostrando los peligros de la dificultad natural del acceso y la valiente oposicion de los asediados.

Por fin, lo que parecia imposible, se ejecutó en la mañana del 26 : tres compañías del regimiento de la Princesa y cazadores de Luchana emprendieron el asalto de la fortaleza, teniendo los soldados que abrirse camino con zapapicos en la escarpada roca : de este modo, y trepando unos en pos de otros, lograron establecerse entre los escombros, donde se trabó con los sitiados el más encarnizado combate. Nuevas fuerzas marcharon en auxilio de las primeras ; crecieron las voces que animaban la pelea, rivalizando en bravura unos y otros combatientes, hasta que al cabo de una hora se vieron obligados los carlistas á enarbolar bandera blanca, pidiendo la vida de los que no habian sucumbido. Espartero mandó en seguida cesar el fuego para evitar la efusion de sangre, y al tomar posesion de la fortaleza, los vencedores abrazaron á los vencidos, demostrándoles así el aprecio que hacian de su valor.

La toma de Castellote vino á ratificar la opinion de que, privados los carlistas de todos sus puntos fortificados, quedarian sus fuerzas faltas de apoyo, y en la imposibilidad de seguir dominando el país que durante tanto tiempo habian oprimido al abrigo de aquellas guaridas. Conforme á este plan, siguieron activamente las operaciones, que durante el mes de Abril dieron resultados asombrosos. Distri-

buidas convenientemente las tropas, y guiadas por los generales O'Donnell, Leon, Ayerbe, Zabala, Hoyos y Azpiroz, y por los brigadieres Durando, Zurbano y otros, todos bajo la direccion de Espartero, en veinte dias se apoderaron de los fuertes de Villarluengo, Peñarroya, Aliaga, Ares, Mora y Alcalá de la Selva; en el campo fueron aniquilados los batallones enemigos 1.º, 4.º, 6.º y 7.º titulados de Aragon; y á causa de la generosidad con que las tropas de la Reina trataban á los carlistas vencidos, sufrieron estos en sus filas considerables bajas; pues además de los que perecieron en diferentes encuentros y bajo las ruinas de los fuertes, y más de 1,200 prisioneros, fué extraordinario el número de los que depusieron las armas, retirándose á sus casas, ó presentándose á los jefes liberales. Por último, consiguió Espartero asegurar las comunicaciones en un extenso territorio, mientras que sus contrarios quedaron reducidos á un limitado espacio entre el Maestrazgo y el Ebro.

Todas estas importantes operaciones tenian por objeto la toma de Morella, cuya inmediata consecuencia debia ser la completa pacificacion de los reinos de Aragon y Valencia. Para conseguirlo, no cesaban los trabajos á fin de rehabilitar la carretera de Alcañiz á Monroyo, y los convoyes se sucedian unos tras otros para formar en aquel punto y en Ares, Aliaga y el Horcajo los grandes almacenes de víveres, que debian proveer á las divisiones: al mismo tiempo se reunia en Zaragoza un considerable tren de sitio de artillería é ingenieros, haciendo venir de Pamplona veinte piezas con toda la dotacion correspondiente á su servicio, y de Bilbao y Búrgos el material de parque, municiones y balerío.

Durante los primeros dias de Mayo se ejecutaron varios movimientos de tropas, á fin de mantener á raya á los carlistas y demoler los fuertes de Flix y Mora de Ebro; y el 8 de aquel mes, hallándose reunidos en Alcañiz los parques para el sitio de Morella, se dió principio á la colocacion de las fuerzas del modo más conveniente para realizar aquella operacion. El general O'Donnell se situó en Fortaneta, adonde iban llegando los aprestos destinados al sitio de Cantavieja, cuya aproximacion bastó para que el enemigo abandonase esta plaza.

En efecto, el 10 de Mayo estallaron grandes disensiones entre los carlistas que guarnecian á Cantavieja, por considerar muchos de ellos imposible la defensa; y en tal situacion, resolvieron los jefes abandonar el fuerte durante la noche; pero antes de hacerlo, clavaron toda la artillería é incendiaron la poblacion, llevando su barbárie hasta el extremo de prender fuego á su propio hospital con todos los en-

fermos y heridos que no se hallaban en estado de marchar. Inmediatamente acudieron las tropas liberales, y aunque se ocuparon con gran actividad en apagar el incendio, era tanta su voracidad, que no pudieron extinguirlo hasta la media noche del 11.

Cabrera y Forcadell hacian, entre tanto, esfuerzos desesperados para resistir al poder incontrastable de sus contrarios, ya concentrando sus tropas hácia la Genia y San Mateo para mantener expeditas las comunicaciones con Morella, ya embarazando el transporte de los parques y trenes de sitio; y como el enemigo no era despreciable, ni se mostraba abatido, á pesar de haber sufrido tantos reveses, no quiso Espartero aventurarse á dar un paso decisivo, sin tener antes cubierta la espalda, y asegurada su izquierda de toda agresion; conseguido lo cual, el 18 de Marzo mandó emprender el movimiento general de las tropas hácia la Pobleta, desde donde se rompió la marcha por la carretera de Morella. Pero fué necesario suspenderla; porque el dia amaneció lluvioso, y al poco rato se declaró un temporal de aguas tan fuerte, que puso intransitables los caminos. En consecuencia, las tropas tuvieron que vivaquear en las posiciones que médian entre la Pobleta y la ermita de San Márcos, quedándose la mayor parte de ellas al raso; y aunque tenian tiendas de campaña, padecieron mucho, pero más aun la caballería y el ganado de tiro; porque el temporal de aguas se convirtió por la noche en otro más furioso de nieve, de la cual apareció cubierto el terreno con una capa de media vara al amanecer el dia 20. A la nevada siguió un viento glacial y huracanado, que con intensidad creciente duró hasta la noche del 22, permaneciendo todo este tiempo las tropas acampadas en las mismas posiciones: solamente hubo de retirarse la caballería y el ganado de arrastre, para que no pudiesen los animales por la falta de abrigo: tanto era el rigor de aquel temporal, tan impropio de la estacion.

Por fin, el dia 23 amaneció despejada la atmósfera, y el ejército liberal continuó su movimiento hácia Morella. La toma de esta plaza, formidable por su posicion natural y por las defensas del arte, exigia la prévia rendicion de dos fuertes avanzados, el de San Pedro Mártir y el de la Querola. Bajo los fuegos del primero y á la distancia de 60 varas, se construyó una batería de brecha, haciendo uso de la zapa volante, la cual quedó concluida en la tarde del 24: durante aquel dia estuvieron jugando contra el fuerte otras baterías rodadas y una de cañones de á 16: algunos morteros introdujeron sus bombas en la plaza. Los cazadores de la tercera division se tiroteaban sin cesar con la guarnicion de San Pedro, relevándose por

compañías. Al amanecer del día 25 fué atacada una de ellas por fuerzas que salieron del reducto de la Querola y de la plaza ; pero, aunque al pronto la obligaron á ceder y replegarse , pronto recobró el terreno perdido , haciendo huir al enemigo, que se encerró dentro de los muros de Morella.

En seguida rompieron el fuego contra el fuerte todas las baterías á un tiempo, y el general en jefe dispuso que los cazadores de la tercera division, los de la Guardia Real provincial y dos compañías de las de vanguardia estrechasen la circunvalacion y se preparasen al asalto. Intimidados los defensores con el terrible estrago que sufrían las obras, pidieron la capitulacion, pero no fueron admitidas sus primeras proposiciones : continuó el fuego, y al poco rato enarbolaron bandera blanca los sitiados, entregándose á discrecion 3 jefes, 12 oficiales y 264 individuos de tropa. La guarnicion de la plaza hizo una salida con el fin de proteger la retirada de la fuerza que guarnecia el reducto de la Querola ; pero cargada inmediatamente por tres batallones de la primera línea y dos mitades de la escolta de honor del general, tuvo que retroceder con bastante pérdida : las tropas liberales se apoderaron del reducto y de otro fuerte contiguo ; y conseguidas estas ventajas, variaron sus campamentos para estrechar á Morella.

No nos detendremos en la descripcion de las terribles operaciones que decidieron en cuatro dias la titánica lucha contra aquella fortaleza : más que las palabras dirán algunos números. En la noche del 25 al 26 quedó concluida una batería de 11 morteros, los cuales empezaron á jugar desde el amanecer contra la plaza, consiguiendo incendiar algunos edificios. Entre tanto se trabajaba en otras dos baterías de brecha, para piezas de á 16 y de á 24, y adelantaban las divisiones 1.^a y 2.^a hasta completar la circunvalacion de la plaza. El brigadier Zurbano recibió la órden de destacar fuerzas para batir á los facciosos que recorrían el país desde Herveset, interponiéndose en la carretera.

Durante los dias 27 y 28 de Mayo, arrojaron las baterías de sitio contra la poblacion y el castillo de Morella 358 bombas de á 14 pulgadas, 273 de á 10, 1,652 balas de á 16 y 175 de á 24. Una batería de obuses de á 12 disparó ademas 252 granadas. El día 29, todos los fuegos de las baterías, menos la de obuses de á 12, fueron dirigidos al segundo recinto del castillo, desmoronando en parte el revestimiento de los lienzos de las murallas, y destruyendo completamente dos de sus torres flanqueantes. A las ocho de la mañana sonó una fuerte detonacion, y una densa columna de humo envolvió el castillo por largo espacio de tiempo : se habia

volado un gran repuesto de municiones, causando la muerte de 50 hombres.

A pesar de tanto estrago y de lo apurado de su situación, no pensaban los carlistas en rendirse: aguardaban la noche para fugarse á favor de la oscuridad, y en efecto, lo intentaron; pero á pesar de ejecutarse esta operación con el mayor sigilo, fueron descubiertos por los puestos avanzados de los liberales, que se arrojaron sobre ellos, obligándoles á retroceder en el mayor desorden. Habían salido ya dos terceras partes de la guarnición: en aquel momento una bomba ocasionó el hundimiento del puente levadizo de la plaza, y los que quedaban dentro creyeron que eran enemigos los que retrocedían: este incidente introdujo tal confusión entre ellos, que trabaron entre sí un reñido combate, de cuyas resultas quedaron muchos cadáveres en los fosos y al pié de las murallas.

El día 30 se rindió la plaza á discreción. La pérdida de los carlistas durante las operaciones del sitio ascendió á tres mil hombres, además de la artillería y los almacenes de víveres y pertrechos de guerra. Con la caída de Morella, no quedó más recurso á Cabrera, para salvar el resto de sus huestes, que conducir las á Cataluña. Espartero resolvió trasladarse inmediatamente al Principado con la mayor parte del ejército expedicionario del Norte, dejando á cargo de D. Leopoldo O'Donnell concluir la pacificación de Aragón y Valencia.

Los dispersos restos de las facciones, que pocos meses antes se enseñoreaban de casi todo el país comprendido entre el Turia, el Ebro y las sierras de Molina y Albarracín, quedaron en breve tiempo aniquilados. Mientras el general D. Isidro Hoyos daba con fruto enérgicas batidas en los puertos de Beceite, D. Javier Azpiroz limpiaba el Bajo Maestrazgo de carlistas, que se le presentaban á centenares; y marchando después á la provincia de Cuenca, les arrojaba de Cañete y les vencía en Beteta.

Restablecida la paz en todo aquel vasto territorio, las fuerzas de Azpiroz se reunieron en Molina con las de O'Donnell, y este general continuó operando con acierto en ambas orillas del Ebro, para impedir que se llevasen auxilios á Cabrera, y cerrar el paso por el Alto Aragón á Balmaseda. Este feroz caudillo acababa de invadir la provincia de Búrgos con 2,000 infantes y 600 caballos, pretendiendo reanimar la guerra en Castilla por medio del terror. Precedido de una turba de paisanos, verdaderos facinerosos, á quienes prometía como recompensa el robo y el pillage, iba por todas partes sembrando la consternación, é intimidando á los pueblos con terribles amenazas. El 1.º de Junio, incendió el pueblo de La Nava, y acometiendo